

EL CAMPANARIO QUE NO SONABA

La primera advertencia que recibió Emilio Vargas acerca de San Arístides no tuvo nada de misteriosa. A sus cuarenta y seis años, con la barba mal recortada y los lentes deslizándose de continuo sobre la nariz, había aprendido a desconfiar más de las urgencias ajenas que de los caminos solitarios. Se la hizo un hombre que olía a tabaco frío y que llevaba cuarenta años conduciendo colectivos por las rutas del interior bonaerense.

—Si va a quedarse a dormir, busque una habitación que dé al patio —le dijo, mientras acomodaba una bolsa de herramientas bajo el asiento—. Las que miran a la plaza son más lindas, pero entra toda la humedad.

Lo dijo con la seriedad de quien entrega un consejo que podría salvar una vida. Después arrancó, hizo crujir la caja de cambios y pasó los siguientes veinte kilómetros quejándose del estado de las banquetas, de los políticos que inauguraban obras sin terminarlas y de su hijo mayor, que insistía en dedicarse a la música. Emilio agradeció aquella conversación. Había salido de La Plata antes del amanecer y desde entonces no conseguía ordenar sus pensamientos. Que un desconocido discutiera los baches de la provincial lo devolvía, al menos por momentos, a un mundo de causas reconocibles.

En el bolsillo interior del saco llevaba una carta doblada en tres. La había leído tantas veces que ya conocía de memoria la irregularidad de la última línea, donde la pluma se había detenido un instante antes de completar la firma. El sobre, grueso y sin remitente, había llegado a su despacho en la universidad cuatro días atrás, entre una invitación a un congreso sobre iconografía religiosa y una factura del servicio de internet. Dentro había una sola hoja, escrita a mano con una caligrafía más propia del siglo pasado que del presente.

El texto decía que, durante la revisión de un archivo eclesiástico, se había localizado un conjunto de folios de procedencia incierta. Su valor, afirmaba, podía exceder el interés local. Se solicitaba la opinión de Emilio sobre las variantes de un sistema de signos que él había estudiado en una publicación poco difundida. La entrevista sería discreta y se le facilitarían las condiciones necesarias para examinar el material. Al pie figuraba un nombre: Aurelio Malthus. Debajo, una firma angulosa y un sello seco cuya inscripción parecía haber sido estampada sin suficiente presión.

No era la clase de correspondencia que se esperaba recibir de un cardenal. Tampoco era habitual que alguien citara aquel artículo suyo. Lo había publicado doce años antes, con escasa repercusión, después de investigar un grupo de manuscritos devocionales donde los copistas habían alterado deliberadamente la ubicación de ciertos nombres propios. Su hipótesis era sencilla: no se trataba de errores, como sostenían los catálogos, sino de una forma de ocultación. Había recibido tres respuestas académicas; dos eran educadas y la tercera, ofensiva. Nadie volvió a mencionarlo. Hasta ahora.

El colectivo dejó atrás un campo de girasoles todavía bajos. Las últimas lluvias habían hinchado las zanjas y sobre los alambrados se acumulaban jirones de bolsas de plástico. Era octubre y el aire, aunque fresco, tenía ese olor a tierra removida que precede a los días calurosos. Emilio observó una hilera de eucaliptos inclinados hacia el mismo lado. La llanura parecía desprovista de secretos, y sin

embargo su experiencia le había enseñado que los documentos más extraños no solían esconderse en lugares extraordinarios. A veces aparecían en una parroquia que había sobrevivido por casualidad al incendio de un archivo. O bajo el mostrador de una librería de usados, empleados durante décadas para envolver mercadería.

—¿Usted es médico? —preguntó el conductor.

—Profesor.

—Ah. Pensé que venía por lo de las obras.

Emilio bajó la mirada hacia sus zapatos, cubiertos por el polvo del viaje.

—¿Qué obras?

—En la iglesia. Hace meses que entran camiones, gente de afuera. Dicen que están arreglando las filtraciones. —El hombre hizo un gesto con la mano, como apartando una mosca—. Ojalá arreglaran primero el hospital. Pero ya sabe cómo son las cosas.

Emilio no sabía cómo eran las cosas en San Arístides y se lo hizo notar. El conductor le explicó que en el pueblo había dejado de funcionar una fábrica de ladrillos refractarios, que la cooperativa eléctrica discutía una deuda vieja y que el intendente anterior había gastado una fortuna en cambiar los bancos de la plaza. Ninguno de esos datos pareció poseer importancia en aquel momento. Emilio los escuchó como se escuchan las noticias de un sitio que uno va a abandonar dentro de dos días: con una atención amable, sin imaginar que quizá acabaría recordándolos palabra por palabra.

El celular vibró antes de la entrada al pueblo. Era un mensaje de Vera. «No te olvides del jueves», decía. Ningún saludo y ningún reproche explícito. Emilio miró la pantalla hasta que se apagó. Su hija cumplía veintidós años y había conseguido que aceptara asistir a la muestra de sus trabajos de restauración. No era una ocasión que él pudiera permitirse perder. Durante los últimos meses había faltado a dos almuerzos y a una presentación porque siempre surgía una conferencia, una evaluación o un libro que necesitaba ser terminado. Le escribió: «El jueves estoy. Te lo prometo». No agregó que estaba por entrar en un pueblo del que ni siquiera sabía con exactitud cómo se salía sin vehículo propio.

San Arístides apareció después de una curva tan leve que Emilio apenas la registró. Primero vio la torre de la iglesia, sobresaliendo por encima de los árboles; luego el tanque de agua municipal, un conjunto de casas bajas y un cartel azul con letras despintadas. El pueblo no tenía la solemnidad que había imaginado a partir de la carta. Había motos apoyadas contra las veredas, ropa tendida entre dos patios y un vendedor de frutas que discutía precios con una mujer. Un perro dormía debajo de una camioneta sin ruedas. El único detalle que parecía deliberadamente ajeno a todo aquello era la catedral: demasiado grande, demasiado oscura, como si la hubieran levantado para una ciudad que nunca llegó a construirse.

La fachada se distinguía incluso desde la terminal. Dos torres incompletamente simétricas encerraban un frente de piedra gris, marcado por vetas oscuras y reparaciones de distintas épocas. En el centro, un rosetón de vitrales devolvía la luz de la mañana en fragmentos apagados. El reloj del campanario tenía agujas, pero ninguna avanzaba. Emilio lo observó por encima de un ómnibus detenido. Marcaba las once y cincuenta y ocho.

Al despedirse, el conductor le recomendó la pensión La Magnolia. Quedaba frente a una ferretería y, si tenía suerte, la dueña todavía preparaba milanesas como las de antes. Emilio le preguntó si el reloj de la torre llevaba mucho tiempo averiado. El hombre levantó la vista, como si no lo hubiera visto nunca, y respondió:

—Desde antes de que yo naciera, seguro. Aquí nadie mira ese reloj.

La pensión resultó ser una casa de una planta, con postigos verdes y un zaguán donde el aroma del café competía con el de un desinfectante fuerte. Detrás del mostrador había una mujer de pelo corto que anotaba una cuenta en un cuaderno escolar. Tendría unos sesenta años, aunque su manera de moverse, rápida y sin vacilaciones, la hacía parecer más joven. Una radio encendida transmitía información sobre el precio de la carne. Cuando Emilio dijo su nombre, la mujer dejó el lápiz sobre la mesa.

—Soy Adela Peralta. Me avisaron que venía de la universidad.

—¿Quién le avisó?

—La administración de la catedral. Reservaron dos noches y pagaron la primera. —Adela abrió un cajón y extrajo una llave de bronce—. La habitación cinco. Tiene ventana al patio y agua caliente si deja correr un poco. No me pregunte por la televisión porque todavía no conseguí que funcione bien.

Emilio iba a protestar por el pago adelantado, pero la mujer había vuelto a sus cuentas. La habitación era modesta, impecable y tan fría como un cuarto que hubiera permanecido cerrado durante semanas. Una colcha color mostaza cubría la cama. En la pared colgaba una reproducción de un paisaje serrano que no se parecía en nada a la región. Sobre la mesa de luz había una jarra con agua y un vaso boca abajo. Emilio dejó su bolso, abrió la ventana y comprobó que el patio estaba ocupado por una enredadera, un lavadero y tres sillas de plástico apiladas.

Se lavó la cara y volvió a leer la carta. Nada en ella exigía su presencia inmediata; nada explicaba por qué alguien con los recursos de un alto dignatario eclesiástico había preferido una nota manuscrita a una llamada. Se preguntó si era una extravagancia de Malthus o una estrategia para conferir importancia a un hallazgo menor. Los académicos estaban acostumbrados a ambas cosas. Más de una vez había recorrido cientos de kilómetros para examinar un supuesto código medieval que resultaba ser un misal impreso en 1910. Lo peor era que casi siempre el dueño del objeto esperaba que el investigador confirmara una fantasía familiar.

En la recepción, Adela le señaló una confitería en la plaza donde podía almorzar y le advirtió que la iglesia cerraba a las seis, salvo que tuviera una cita. Al escuchar el nombre de Malthus, no cambió de expresión, aunque dejó de ordenar los sobres de azúcar que había puesto junto a la cafetera.

—Es una persona importante —dijo.

—Eso parece.

—Acá no nos visitan muchas personas importantes.

Emilio esperó alguna opinión adicional. La mujer añadió, después de una pausa:

—A mi madre le habría gustado conocerlo. Ella tenía mucha fe.

No dijo si su madre seguía viva. Tampoco parecía querer prolongar la conversación. Emilio salió con la impresión de haber preguntado algo impropio, aunque no consiguió determinar qué.

La plaza de San Arístides tenía cuatro senderos de baldosas agrietadas, una estatua de un militar sin placa y un cantero donde alguien había plantado malvones. Desde allí la catedral ocupaba casi todo el lado norte. De cerca resultaba evidente que no había sido construida de una sola vez. Los contrafuertes parecían añadidos, ciertos capiteles tenían un estilo más antiguo que las columnas que sostenían y una de las torres había recibido una intervención de cemento que intentaba imitar la piedra original. La mezcla no era rara en edificios sometidos a restauraciones sucesivas. Lo que desconcertaba a Emilio era la escala. Aquel templo podía albergar a cientos de personas. El pueblo, a juzgar por las calles vacías después del mediodía, difícilmente llenaría una cuarta parte de sus bancos.

Se sentó en una mesa exterior de la confitería El Molino y pidió café con una tostada. Una adolescente atendía detrás de la barra mientras un hombre de delantal discutía con un proveedor. Frente al local, una mujer llevaba bolsas de supermercado y saludaba por su nombre a todos los que encontraba. Emilio sacó una libreta y comenzó a dibujar la fachada. La práctica venía de sus años de estudiante: copiar un objeto obligaba a descubrir aquello que la mirada había pasado por alto. Después de unos minutos distinguió una sucesión de siete pequeñas formas talladas sobre el dintel principal. Seis estaban cerradas, como círculos imperfectos. La séptima tenía una interrupción en el borde.

—Eso lo limpiaron hace poco —dijo alguien a su espalda.

Emilio se volvió. Una mujer de unos treinta y cinco años sostenía una caja de cartón con papeles y llevaba un manojo de llaves sujeto al cinturón. Tenía el pelo recogido sin demasiado cuidado y manchas de polvo gris en las mangas de una camisa azul.

—¿El dintel? —preguntó.

—Todo ese sector. Sacaron una capa de pintura espantosa. Lo que ve ahora es la piedra original, o bastante parecido. —La mujer observó el dibujo—. Le falta la línea de abajo. Está rota, pero existía.

Emilio examinó su boceto. La mujer señaló un espacio que él había interpretado como erosión natural. En efecto, había allí una hendidura recta que vinculaba la última figura con una moldura inferior.

—Gracias —dijo—. Usted debe trabajar en la restauración.

—A veces. Catalina Robles. Me encargo del archivo municipal y de lo que nadie quiere ordenar cuando aparece una caja de documentos en algún sótano. —Sonrió apenas—. Usted es Vargas, ¿no?

El profesor cerró la libreta, sorprendido.

—¿Cómo lo sabe?

—Ayer me pidieron que buscara los planos antiguos de la catedral para un especialista que llegaba de La Plata. Un especialista que, según me dijeron, iba a prestar más atención a las piedras que a las personas. No abundan.

Catalina depositó la caja sobre una silla. El cartón estaba húmedo en una esquina y Emilio alcanzó a leer una etiqueta: INVENTARIO, 1931-1946. Ella se apresuró a colocar encima un cuaderno.

—¿Encontró los planos? —preguntó él.

—Fragmentos. En una restauración de 1908 se cambiaron varias ventanas y se reforzó la torre sur. Hay dibujos, pero no coinciden del todo con el edificio que tenemos. A nadie le sorprende; en este pueblo los registros siempre llegan después de las decisiones.

Hablaron durante casi media hora. Catalina le contó que el templo había adquirido el rango de catedral cuando San Arístides todavía aspiraba a convertirse en un centro regional, una expectativa que se había ido disipando con los años. El edificio había absorbido materiales de una capilla anterior, de una casa de ejercicios y, según una tradición difícil de documentar, de un convento que ni siquiera figuraba en los mapas provinciales. Mencionó inundaciones, incendios menores y una sucesión de traslados de archivos que habrían hecho desesperar a cualquier historiador.

Emilio descubrió que Catalina conocía las limitaciones de las fuentes mejor que muchos colegas universitarios. Cuando él preguntó por un relieve sobre la puerta occidental, ella no intentó ofrecerle una leyenda pintoresca: le dijo que ninguna descripción anterior a 1912 lo mencionaba y que, por lo tanto, desconfiaba de quienes lo presentaban como colonial. Aquella prudencia le

resultó reconfortante. En pocos minutos había encontrado a alguien que no confundía la falta de datos con una invitación a inventarlos.

—Si se queda más de un día, venga al archivo —le dijo Catalina al levantarse—. Tengo fotografías anteriores a la última limpieza. Puede que le sirvan. Estamos frente a la escuela, en la casa que parece que va a caerse y que, por desgracia, sigue en pie.

Emilio le preguntó si conocía al cardenal. Ella tardó un poco más de lo necesario en contestar.

—Lo he visto. No es fácil no verlo cuando viene al pueblo. Habla muy bien y consigue que la gente lo escuche. Otra cosa es entender qué vino a buscar acá.

Antes de que pudiera pedirle una explicación, sonaron las campanadas de la una de la tarde desde la capilla de un colegio cercano. Eran agudas, irregulares, y terminaron después del cuarto golpe. Catalina alzó la vista hacia el reloj inmóvil de la catedral.

—Ese sí funciona —comentó, señalando el colegio.

Recogió la caja y se marchó.

A las cinco menos diez, Emilio cruzó la plaza bajo un cielo que comenzaba a cubrirse de nubes. Los edificios públicos habían cerrado y el murmullo de las motocicletas se mezclaba con el canto de los pájaros en los árboles. Un viejo barría las hojas frente a la entrada lateral de la iglesia. Al verlo acercarse, apoyó la escoba contra la pared y señaló la puerta principal.

—Por ahí es la visita.

Emilio estuvo a punto de preguntarle quién le había informado de su llegada, pero se limitó a agradecer. Las hojas mojadas desprendían un olor amargo. Cuando empujó la puerta de roble, el sonido de las bisagras quedó suspendido durante un instante bajo la bóveda, y después el silencio volvió a cerrarse detrás de él.

El interior de la catedral era menos sombrío de lo que había imaginado. Las ventanas altas dejaban pasar una luz pálida que se depositaba en los bancos y revelaba pequeños remolinos de polvo. Había flores frescas cerca del altar mayor, una pila de folletos parroquiales y un balde olvidado detrás de un confesionario. Alguien había encendido velas frente a una imagen de la Virgen. La cera derretida, el olor a madera encerada y el roce distante de una escoba construían una normalidad obstinada. Emilio se sintió un poco ridículo por haber esperado algo distinto.

Avanzó por la nave central y observó los vitrales. Representaban episodios reconocibles de la tradición cristiana, aunque varios habían sido reconstruidos con piezas de colores que no correspondían a la época original. Cerca del crucero encontró una Última Cena cuya composición parecía desplazada: los rostros estaban orientados hacia el centro de la mesa, pero todas las manos miraban hacia un espacio vacío. No había deformidades monstruosas ni símbolos abiertamente paganos. Era algo más tenue, una decisión del artista que podía explicarse por la pérdida de una parte del vidrio. Emilio calculó el ángulo desde el cual debía caer la luz para que la anomalía resultara visible y anotó la hora.

Una voz lo interrumpió.

—La restauración de esa ventana nos ha traído más problemas que satisfacciones.

El hombre que se aproximaba vestía sotana negra con ribetes rojos, sin ornamentos excesivos. Era alto y delgado, de cabello blanco peinado hacia atrás. Caminaba sin prisa, como si conociera cada irregularidad del piso. Su rostro no tenía la dureza que Emilio había imaginado al pensar en un jerarca eclesiástico. Había cansancio alrededor de los ojos y pequeñas manchas en el dorso de las manos. Lo que impresionaba era su manera de mirar: atendía a la totalidad de una persona antes de elegir dónde detenerse.

—Aurelio Malthus —se presentó—. Me alegra que haya venido, profesor.

Se estrecharon las manos. La de Malthus estaba tibia y seca.

—Su carta me sorprendió —admitió Emilio.

—Es una reacción razonable. Yo también me sorprendería si una institución a la que nunca he prestado servicios me pidiera que viajara hasta un lugar del que probablemente no ha oído hablar.

—Conozco el nombre. No conocía la iglesia.

—Entonces empecemos por ella. Los documentos no significan gran cosa cuando uno desconoce las paredes que los han conservado.

Hablaron mientras recorrían la nave. Malthus sabía describir las reparaciones, las campañas de donaciones y el origen de algunas imágenes. Habló de una restauradora que había conseguido salvar un retablo cuando todos recomendaban sustituirlo y de un organista muerto que solía tocar fuera de horario. No parecía alguien interesado únicamente en exhibir erudición: preguntaba, escuchaba y permitía que Emilio corrigiera un dato sin mostrar molestia. Esa cordialidad le hizo bajar la guardia más de lo que habría querido reconocer.

—¿Por qué me llamó a mí? —preguntó finalmente.

Se habían detenido ante un nicho vacío. La placa de mármol conservaba un nombre cuyo final había sido borrado por el desgaste.

—Porque usted publicó una observación que otros prefirieron pasar por alto. En el manuscrito de Santa Eulalia, si recuerdo bien, advirtió que siete firmas habían sido trasladadas a lugares donde no correspondían.

Emilio asintió, incómodo de que recordara el detalle.

—Mi interpretación no fue aceptada.

—La aceptación es una costumbre de las instituciones. No siempre una prueba de que algo sea cierto.

—Tampoco el rechazo prueba lo contrario.

Malthus sonrió.

—Excelente. Necesito precisamente a alguien que me contradiga.

El cardenal lo condujo hacia una sacristía donde había una mesa cubierta de carpetas y un armario metálico. Un sacerdote joven revisaba unas planillas con una calculadora de bolsillo. Se presentó como Gabriel Abarca. Tenía las uñas manchadas de tinta y una forma apresurada de hablar que contrastaba con la serenidad de Malthus. Cuando Emilio dijo que venía a estudiar un manuscrito, Gabriel respondió con un gesto de alivio difícil de disimular.

—Creíamos que iba a venir la semana próxima.

—Se resolvió antes —dijo Malthus.

Gabriel guardó la calculadora. Sus ojos fueron hacia una puerta pequeña, en el fondo de la habitación, y luego volvieron al visitante.

—Preparé la mesa del archivo —explicó—. Si necesitan algo, estoy en la oficina parroquial.

El cardenal lo despidió con una inclinación de cabeza y esperó a que cerrara la puerta antes de continuar.

—Gabriel es un buen hombre. Tiene el defecto de imaginar que todos los problemas se resuelven con un inventario. En ocasiones se acerca bastante a la verdad.

Atravesaron un corredor angosto, iluminado por tubos fluorescentes nuevos. Allí la catedral mostraba una cara menos ceremonial: cables empotrados, tuberías expuestas, un carro con

herramientas, cajas con etiquetas de compañías de transporte. El piso cambiaba de baldosas a piedra y de piedra a cemento. Emilio percibió un olor penetrante, parecido al de un laboratorio después de una limpieza intensa, que se disipó al abrir una puerta.

—Estamos tratando una infestación en algunos depósitos —aclaró Malthus, quizá al advertir su reacción—. Hongos, sobre todo. La humedad nos ha causado más pérdidas que los incendios.

El archivo consistía en dos habitaciones comunicadas. La primera tenía estanterías metálicas y una mesa de lectura con lámparas articuladas. En la segunda había armarios antiguos, cajas numeradas y una ventana muy alta que daba a un patio interior. Un deshumidificador producía un zumbido grave. Sobre la mesa aguardaban guantes de nitrilo, pesos para sujetar papeles, hojas de registro y un soporte de espuma para documentos frágiles. Emilio examinó el conjunto con aprobación involuntaria. Alguien había preparado el lugar según normas de conservación más rigurosas de las que se aplicaban en muchos archivos universitarios.

—Antes de mostrarle el material necesito pedirle discreción —dijo Malthus—. No sobre su contenido, que todavía desconocemos, sino sobre las personas que nos ayudaron a recuperarlo. Hay cuestiones patrimoniales sin resolver y una investigación precipitada podría perjudicarlas.

Emilio lo miró con atención.

—Si espero encontrar un documento histórico y resulta ser una falsificación, voy a decirlo.

—Por supuesto.

—Y si encuentro algo que deba ponerse en conocimiento de un organismo de conservación, también.

—Eso mismo espero de usted.

La respuesta fue tan inmediata que parecía ensayada. Sin embargo, Emilio no encontró motivo suficiente para desconfiar. Aceptó que se registraran las primeras observaciones y dejó su teléfono sobre una mesa lateral. Malthus no se lo había pedido. Fue una costumbre de investigador, aprendida para evitar que una notificación iluminara una sala durante el examen de piezas delicadas.

El cardenal abrió una caja plana recubierta de tela gris. Dentro había un cuadernillo de hojas desiguales, sujetas entre dos láminas de conservación. No tenía una encuadernación propiamente dicha: los pliegos habían sido cosidos alguna vez, y la mayor parte de los puntos de unión se habían perdido. El papel mostraba bordes gastados y pequeñas perforaciones. Algunas páginas estaban escritas en una tinta parda, mientras que ciertas iniciales y anotaciones marginales conservaban un rojo desvaído.

Emilio se inclinó sobre el documento sin tocarlo. Su primera impresión fue decepcionante. El trazo de las letras no correspondía a una antigüedad remota; podía situarse, con un margen amplio de error, entre finales del siglo XVII y el XIX. Tampoco reconoció de inmediato ninguna escuela particular. Había frases latinas, abreviaturas eclesiásticas y pasajes que parecían copiados por una segunda mano menos segura. Nada de aquello justificaba por sí solo un viaje secreto.

Entonces advirtió los espacios vacíos.

En una oración ordinaria, las iniciales de los nombres aparecían separadas de sus complementos, como si el copista hubiera dejado lugares reservados para palabras que nunca llegaron a escribirse. En otra página, una serie de puntos rojos ocupaba el margen externo con una regularidad excesiva. Emilio contó siete. Volvió a contar. El séptimo estaba abierto por una raya corta, igual que el relieve que había dibujado sobre el dintel.

—¿Quién le puso el nombre? —preguntó.

—¿Qué nombre?

—Epístola Carmesí. Lo leí en la ficha que acompaña a la caja.

Malthus se acercó. En la hoja de registro, escrita con lápiz moderno, figuraba efectivamente aquella denominación.

—Es provisional. Aparece en un inventario antiguo, pero todavía no sabemos si corresponde al cuadernillo o a otro objeto guardado junto a él.

—¿Puedo ver ese inventario?

—Mañana. Está siendo estabilizado y quisiera que primero examinara el original sin asociaciones previas.

Emilio estuvo a punto de objetar el método. Pero la solicitud tenía cierta lógica: había visto investigadores que encontraban lo que esperaban encontrar porque habían leído antes la descripción de otro. Tomó una lupa, encendió la lámpara lateral y comenzó por la primera página.

El texto se abría con una invocación religiosa convencional, aunque el verbo principal había sido corregido dos veces. Debajo aparecía una expresión que lo obligó a detenerse: «Quod redit non est quod periit». Traducida con cautela, significaba que aquello que regresa no es aquello que se perdió. En otro contexto podía ser una meditación sobre la muerte y la resurrección, una paráfrasis teológica o una advertencia contra las falsas apariciones. El problema no era la frase. Era el dibujo situado junto a ella: una figura humana trazada con líneas finas, de cuya garganta salían siete divisiones que concluían en círculos incompletos.

El dibujo estaba ejecutado con mayor precisión que el texto. No había sido añadido de manera casual. Las líneas cruzaban la caja de escritura sin respetar sus márgenes, y una de ellas terminaba exactamente en una letra que el copista había borrado. Emilio buscó manchas semejantes en otras páginas y encontró indicios de que los diagramas habían precedido a las oraciones. Alguien había escrito alrededor de imágenes ya existentes, invirtiendo el orden habitual de composición.

—¿Lo ve? —preguntó Malthus.

Emilio levantó la vista.

—Veo que no es un documento sencillo. Eso no es lo mismo que saber qué significa.

—Naturalmente.

—Y veo una correspondencia con ciertos relieves de la iglesia. ¿Son anteriores o posteriores al manuscrito?

—Esa es una de las preguntas que esperamos resolver.

Malthus se retiró a la primera sala para atender una llamada. Lo hizo sin dramatismo, dejando la puerta entornada. Emilio escuchó apenas una frase: «No, todavía no». Después el deshumidificador volvió a ocupar todo el espacio sonoro.

Trabajó durante casi dos horas. Tomó notas sobre la forma de las letras, examinó las roturas, buscó marcas de agua en el papel y pidió autorización para fotografiar un detalle. Descubrió que los nombres no estaban omitidos al azar: ciertas terminaciones gramaticales conservaban rastros de una estructura repetitiva. Era como si el copista hubiera intentado registrar una lista y alguien, posteriormente, hubiese retirado las personas de la lista sin modificar las acciones atribuidas a ellas. La operación le recordó el artículo que Malthus había citado en la carta, aunque aquí el procedimiento parecía más elaborado.

A las siete y cuarto Gabriel entró con dos tazas de café. Dejó una junto a la mesa y otra en un rincón sin preguntar cuál correspondía a quién. Cuando vio el documento abierto en la quinta hoja, se detuvo un instante.

—¿Encontró algo? —preguntó.

—Errores. Por ahora, muchos errores.

—Bueno, los errores suelen ser humanos.

Emilio sonrió.

—Eso espero.

Gabriel no respondió. Se acercó al armario para revisar la cerradura, aunque no parecía averiada. Emilio observó sus manos: no temblaban, pero tardaban demasiado en completar cada movimiento.

—¿Hace mucho que trabaja acá? —preguntó.

—Tres años.

—¿Y el cardenal?

—Viene desde antes. —Gabriel cerró el armario—. De forma intermitente. Hay tareas que requieren supervisión.

—¿Qué clase de tareas?

—Archivo, patrimonio, asistencia. Las habituales.

Emilio quiso saber quién había encontrado el cuadernillo. El sacerdote lo miró con una expresión distinta, no exactamente de miedo: la de alguien que intenta calcular cuánto puede decir sin cometer una injusticia.

—Estaba donde se esperaba que estuviera —respondió—. El problema era que nadie recordaba que debíamos buscarlo.

El cardenal reapareció antes de que Emilio consiguiera aclarar aquella respuesta. Dijo que por esa noche bastaba, que los documentos antiguos no debían examinarse hasta que la vista comenzara a inventar detalles, y le propuso cenar al día siguiente. Emilio aceptó sin entusiasmo. Quería continuar. Había detectado, bajo una corrección, los restos de una palabra cuya forma le parecía familiar, pero sin iluminación rasante y sin examinar el verso no podía avanzar.

—Mañana tendrá tiempo —dijo Malthus—. Y acceso a lo que necesite, siempre que Gabriel pueda localizarlo.

Antes de cerrar la caja, Emilio se detuvo en la última página conservada. Era casi blanca. Solamente había una línea junto al borde inferior, escrita en tinta más oscura y con una inclinación distinta: «Non corpus. Locus». No el cuerpo. El lugar. O quizá: no un cuerpo, sino un lugar. La brevedad de la nota le impidió determinar su función. Podía ser una corrección de lectura, una instrucción para el encuadernador o una glosa filosófica incompleta. La copió en la libreta y cubrió el manuscrito con la lámina protectora.

Al salir encontraron el corredor parcialmente bloqueado por dos hombres que trasladaban un mueble de acero sobre un carro. Uno llevaba uniforme de mantenimiento; el otro, ropa de calle y guantes gruesos. Se hicieron a un lado sin pronunciar palabra. El carro desprendía un olor que Emilio reconoció de sus visitas a depósitos universitarios: una mezcla de metal, desinfectante y material húmedo. Sobre la superficie había una lona demasiado grande para el mueble. Su borde rozaba el piso a intervalos regulares.

—Seguimos con el reacondicionamiento —explicó Malthus.

Emilio se apartó para dejarlos pasar. Algo golpeó el interior del carro, una sola vez. El hombre de guantes aseguró mejor una de las correas y continuó. Desde el otro extremo del pasillo llegó un ruido de agua corriendo por tuberías.

Fuera, el pueblo había cambiado de temperatura. Una lluvia tenue comenzaba a caer sobre la plaza, y el farol de la esquina encendía un círculo amarillento alrededor de los insectos. Emilio consultó su reloj. Las ocho y cinco. Se sorprendió de haber permanecido tanto tiempo bajo tierra, aunque enseguida se corrigió: el archivo estaba en la planta baja de un anexo, y las ventanas daban a un patio. La impresión de profundidad provenía del espesor de las paredes y del silencio. Le molestó haberse dejado sugestionar por una arquitectura que, apenas unas horas antes, había descrito mentalmente en términos perfectamente técnicos.

Cenó en La Magnolia. Adela había preparado un guiso de lentejas y lo sirvió sin ceremonia, como si él llevara años ocupando la habitación cinco. En la mesa de al lado, dos obreros discutían la entrega de un cargamento de cemento. Uno decía que las puertas del edificio religioso no permitían pasar ciertas piezas de maquinaria; el otro insistía en que habían abierto un acceso por la parte trasera. Cuando advirtieron a Emilio, bajaron la voz, pero no con la coordinación de quienes ocultan una conspiración. Probablemente sólo querían evitar que un extraño se entrometiera en una discusión laboral.

La radio informó que una tormenta avanzaba desde el oeste. Adela cerró una ventana y preguntó si la primera jornada había sido productiva.

—Encontré cosas interesantes —respondió Emilio.

—Eso dicen siempre los que trabajan con papeles. —La mujer apoyó un plato de pan—. A mi marido le gustaban los papeles viejos. Guardaba recibos de negocios que habían cerrado antes de que yo naciera. Decía que tirar un recibo era borrar la prueba de que dos personas se habían puesto de acuerdo en algo.

—No estaba tan equivocado.

—Puede ser. Lo que sé es que cuando murió tardé tres meses en vaciar el galpón.

Lo dijo sin tristeza teatral. Se sentó un momento frente a él, agotada después de la jornada. Emilio observó las manos ásperas que rodeaban su taza. Le preguntó si había nacido allí. Adela respondió que se había mudado al casarse y que todavía había vecinos que la llamaban «la de afuera». Lo contó con ironía, pero también con una resignación que requería más años de los que él podía imaginar.

—¿Y la catedral siempre fue tan importante? —preguntó.

—Importante, sí. Popular, no tanto. Mi marido decía que un edificio puede tener más influencia que personas adentro. No entendí qué quería decir hasta que empezaron a restaurarlo y apareció trabajo para medio pueblo.

—El cardenal parece conocer bien la historia del lugar.

Adela sostuvo su mirada un segundo más de lo habitual.

—Malthus sabe escuchar —dijo finalmente—. Eso lo hace diferente de muchos hombres importantes.

Emilio esperó una continuación que no llegó. Desde una habitación distante sonó una carcajada y después el golpe de una puerta. La vida siguió desenvolviéndose alrededor de ellos, y la conversación se deshizo sin concluir.

Vera llamó a las nueve y media. Emilio había subido a su cuarto con la intención de ordenar las notas y todavía llevaba la lapicera en la mano. La imagen de su hija apareció en la pantalla, mal

iluminada por una lámpara de escritorio. Tenía el pelo atado y una expresión preocupada que intentó disimular al verlo.

—¿Estás vivo? —preguntó.

—Hasta donde puedo comprobarlo.

—No es una respuesta tranquilizadora viniendo de vos.

Emilio le mostró la habitación y la ventana que daba al patio. Vera se rio de la colcha, preguntó si había cenado y quiso saber cuánto tiempo pensaba quedarse. Él respondió que dos noches, quizá tres, y se corrigió de inmediato.

—El jueves vuelvo. Lo tengo presente.

—No era para controlarte —dijo ella.

—Ya sé.

—No, no sabés. Te pregunté porque quería saber dónde estabas. Podemos hablar sin que todo sea una discusión sobre si cumplís o no.

La frase le produjo una incomodidad familiar. Emilio miró los papeles abiertos sobre la cama, el lápiz que había dejado dentro de un libro y la pequeña mancha de café sobre su puño. Buscó una respuesta que no sonara defensiva.

—Tenés razón —dijo—. Estoy en un pueblo raro. Pero la gente es amable. Hoy conocí a una archivera que sabe más de conservación que varios directores de museo.

—Entonces preguntale cómo arreglarte la espalda. Te sentás como una letra doblada.

Rieron. Hablaron de la muestra, de una profesora que había cambiado las condiciones de entrega a último momento y de una compañera de Vera que restauraba fotografías familiares con una paciencia que a ella le parecía sobrenatural. Cuando terminaron, Emilio se quedó mirando la pantalla oscura. Había prometido estar el jueves. No le costaba imaginar la cara de su hija si volvía a fallarle, y sin embargo sintió la tentación inmediata de escribirle a Malthus para solicitar un día extra de investigación. Dejó el teléfono boca abajo.

El cuarto estaba tan silencioso que podía oír el crujido de la madera de la cama cada vez que se movía. Abrió el cuaderno y repasó las notas. «Quod redit non est quod perit». «Non corpus. Locus». Las dos frases, juntas, podían sugerir una discusión medieval sobre identidad y permanencia, sobre lo que continúa después de la transformación. Pero algo le impedía leerlas como un comentario doctrinal corriente. La sintaxis parecía diseñada para provocar una oposición estricta, casi matemática. Aquello que vuelve no es aquello que se perdió. No el cuerpo: el lugar. En vez de aclararse mutuamente, las frases abrían una pregunta mayor.

Recordó los siete círculos del manuscrito y del dintel. Dibujó ambos conjuntos uno debajo del otro. El séptimo símbolo, abierto por una línea, ocupaba una posición diferente según la orientación desde la que se mirara. Si el relieve pertenecía al programa ornamental de la entrada principal, la interrupción miraba hacia el centro del edificio. En el manuscrito, en cambio, apuntaba hacia el margen exterior de la página. Tal vez sólo se tratara de una inversión provocada por el trabajo de un cantero. Anotó esa posibilidad antes de permitirse otras.

A las diez y media bajó a pedir una botella de agua. Adela estaba apagando las luces de la recepción. Le preguntó si la puerta exterior quedaría abierta. La mujer le mostró un cerrojo y le explicó cómo accionarlo desde adentro.

—¿Suele salir de noche? —preguntó.

—A veces camino para despejarme.

—Por acá es tranquilo. Pero si va a la plaza, tenga cuidado con el piso. Las baldosas están flojas y cuando llueve resbalan.

Emilio asintió. Ya iba a subir cuando se acordó del reloj.

—¿Por qué no lo reparan? El de la catedral.

Adela tardó en comprender a qué se refería.

—Ah, ese. Pregúntele a los curas. Lo heredamos roto.

—¿Y la campana?

La mujer terminó de doblar un repasador. Después lo miró con una atención nueva.

—¿Qué pasa con la campana?

—Nada. Vi las torres desde la ruta. Me preguntaba si todavía se usa.

—Acá se toca a veces para las fiestas —respondió—. No se preocupe por eso. Descanse, profesor. Mañana va a tener bastante trabajo.

La conversación, por lo demás insignificante, le quedó rondando la cabeza. No se preocupe por eso. Era una frase que su madre utilizaba cuando intentaba protegerlo de noticias domésticas desagradables, y quizá por eso Emilio le atribuyó una intención que Adela no había tenido. Regresó a la habitación, pero no consiguió sentarse otra vez ante las notas. Se puso un abrigo liviano, tomó la llave y salió al patio cubierto que comunicaba con la calle.

La lluvia había cesado. El asfalto conservaba un brillo oscuro y de las canaletas caían gotas espaciadas. San Arístides olía a barro, a combustible y a jazmín. Un televisor encendido detrás de una persiana dejaba oír los gritos de un concurso; a dos cuadras alguien arrastraba un tacho de basura. Emilio caminó hasta la plaza con las manos en los bolsillos. No había salido a buscar una señal sobrenatural ni a espiar a nadie. Necesitaba moverse. La investigación lo había absorbido con una velocidad que ya conocía demasiado bien, y caminar lo ayudaba a recuperar la escala de las cosas.

Desde el sendero central, la catedral parecía más ancha que durante el día. Las luces inferiores iluminaban las esculturas de santos y dejaban la parte superior de las torres en una oscuridad compacta. El reloj inmóvil marcaba las once y cincuenta y ocho, como si aguardara una hora que no llegaría nunca. Emilio se quedó bajo los árboles y trató de distinguir el diseño del rosetón. En el centro había una forma circular rodeada por piezas de vidrio azul verdoso. La humedad convertía su contorno en una mancha sin detalles.

Una mujer de edad avanzada apareció en el extremo de la plaza. Caminaba con un carrito de compras vacío y llevaba un pañuelo oscuro sobre el cabello. Al pasar junto a Emilio, se detuvo para cerrar un paraguas que no había llegado a abrir.

—Va a refrescar —dijo.

—Parece que sí.

—No es de acá.

Era una afirmación, no una pregunta. Emilio explicó que había venido a trabajar con unos documentos. La mujer miró la iglesia con una expresión breve, difícil de interpretar.

—Hay muchos documentos ahí —comentó.

—Eso me dijeron.

—Si tiene que preguntar algo, pregunte de día.

Emilio se volvió hacia ella. La anciana había comenzado a caminar otra vez, con pasos muy cortos. Quiso preguntarle a qué se refería, pero el modo en que avanzaba le hizo pensar que sólo

buscaba llegar a su casa antes del frío. Una frase extraña no equivalía a una advertencia. En los pueblos las recomendaciones podían obedecer a costumbres que un visitante desconocía. Se reprochó su tendencia a convertir cualquier ambigüedad en una pista.

Consultó su reloj de pulsera. Faltaban cuatro minutos para la medianoche. En una calle lateral se encendió el motor de una motocicleta y se alejó. Las ventanas que daban a la plaza fueron apagándose una por una. Ningún fenómeno extraordinario acompañó la espera. Emilio se sentó en un banco, miró un gato que cruzaba entre los canteros y decidió que al día siguiente volvería al archivo con una lista de preguntas concretas. Pediría el inventario antiguo y los planos. Examinaría las capas de escritura del cuadernillo. Preguntaría por los nombres borrados. Si la documentación no ofrecía nada relevante, regresaría a La Plata y conservaría el viaje como una anécdota.

A medianoche sonó la campana.

El primer golpe le atravesó el pecho antes de que pudiera identificar su procedencia. Fue grave, largo, con una vibración que pareció llegar desde la piedra bajo sus zapatos. Emilio alzó la cabeza hacia la torre. El sonido se extendió por la plaza, alcanzó las fachadas y regresó amortiguado. Esperó un segundo golpe. Llegó con una separación irregular, seguido por otro. No era el repique festivo de una iglesia ni el mecanismo puntual de un reloj. Tenía una cadencia deliberada que, sin embargo, no lograba descifrar.

Contó siete golpes y perdió la cuenta cuando una ráfaga de aire hizo vibrar las hojas sobre su cabeza. Una persiana se cerró con violencia en un primer piso. El gato, que hasta entonces se había detenido junto a la estatua, salió corriendo hacia la calle. Un perro comenzó a gemir detrás de una reja; después se oyó a un hombre llamándolo en voz baja. Emilio percibió el peso del sonido en los dientes, una sensación más próxima a la presión que al ruido. Pensó en una campana muy grande, oculta por la arquitectura de la torre, y buscó el movimiento esperado del bronce contra la oscuridad.

No vio nada.

Los últimos golpes disminuyeron de intensidad hasta desaparecer. El silencio posterior le resultó desproporcionado. En un pueblo normal, después de un ruido semejante, alguien abriría una ventana o se quejaba. Allí, salvo por el perro que ya había callado, todo continuó inmóvil. Emilio revisó su reloj: doce y dos. Quiso recordar si el campanario podía albergar un mecanismo eléctrico reciente. No era imposible. La restauración explicaría los trabajos, los cables, el reloj detenido por falta de repuestos. Incluso una campana automatizada podía producir vibraciones extrañas en una estructura hueca. La explicación tenía la virtud de ser aburrida y, por lo tanto, razonable.

Se levantó del banco para marcharse, pero entonces vio luz en una ventana alta del anexo. La distinguió entre dos columnas, donde antes había supuesto que sólo existía un muro. Una sombra se desplazó detrás del vidrio. Luego apareció una segunda y, durante un instante, ambas quedaron superpuestas como si los ocupantes se encontraran demasiado cerca uno del otro. La ventana se oscureció. Emilio no podía saber si había presenciado una reunión tardía, una guardia de mantenimiento o un simple reflejo provocado por el alumbrado. Le sorprendió descubrir que deseaba saberlo.

Al volver a La Magnolia encontró a Adela en el zaguán, con un saquito de lana encima del camisón. Había dejado una lámpara pequeña encendida junto a la escalera y sostenía un vaso de agua. No parecía sorprendida por su regreso. Miró el reloj de la recepción, que marcaba las doce y nueve, y luego la humedad en los zapatos de Emilio.

—¿Se mojó?

—Casi nada. —Él se detuvo—. La campana de la iglesia. ¿Suenan todas las noches?

La mujer no contestó de inmediato. Su silencio fue tan breve que en otra circunstancia habría pasado inadvertido.

—Hay noches que uno la escucha más —dijo.

—¿Y quién la toca?

—No sabría decirle. Buenas noches, profesor.

Subió sin esperar una respuesta. Emilio la oyó cerrar una puerta al fondo del corredor. Consideró seguirla, pero la idea de interrogar a una mujer en bata después de medianoche le pareció absurda. Se encerró en la habitación cinco, se quitó el abrigo y encendió la lámpara del escritorio. Todavía tenía la impresión física de los golpes en las costillas. Si hubiera bebido más café, habría culpado a la ansiedad. Recordó que sólo había tomado dos tazas desde la tarde.

Buscó el teléfono. Encontró un mensaje de Catalina recibido media hora antes: «Mañana te llevo los planos. Hay una discrepancia con la torre, pero prefiero mostrarte la copia antes de darte una explicación». Emilio respondió que estaría disponible desde las nueve y añadió una pregunta: «¿La campana tiene mecanismo automático?». Los dos tildes azules tardaron en aparecer. No recibió contestación.

Se sentó a copiar sus notas en limpio. Reescribió la descripción del manuscrito, descartó dos suposiciones sin fundamento y dibujó el esquema de los siete círculos por tercera vez. El ruido del pueblo fue debilitándose hasta quedar reducido al goteo de un canalón. Cuando estaba a punto de guardar la libreta, el teléfono vibró sobre la mesa. Catalina había respondido.

«No», decía el mensaje. Después apareció una segunda línea.

«La campana grande no funciona. Le sacaron el badajo en 1931».

Emilio leyó ambas frases varias veces. Badajo. Conocía el término, aunque nunca había tenido ocasión de examinar en persona el interior de un campanario. Era la pieza suspendida que golpeaba el bronce y producía el sonido. Una campana sin badajo podía ser golpeada desde afuera, desde luego, y una instalación eléctrica podía reproducir una grabación. Pero los golpes de la plaza no le habían parecido una grabación, y tampoco recordaba haber visto ningún sistema de martillos en los muros de la torre. Esa última observación, se dijo, carecía de valor: no había buscado ninguno.

Escribió: «¿Estás segura?». La respuesta llegó enseguida.

«Tengo el acta de retiro. Mañana te la muestro».

Emilio dejó la libreta. La habitación parecía haberse enfriado desde que había regresado. Escuchó una gota caer desde la canilla del baño y miró hacia el patio. No había razón para inquietarse por el funcionamiento de una campana vieja. Las ciudades estaban llenas de relojes que daban la hora mediante grabaciones, altavoces o mecanismos adaptados. En una iglesia en restauración debía de haber docenas de maneras de producir aquel sonido sin el badajo original. Podía enumerarlas. Lo hizo, casi en voz alta, y advirtió que la enumeración no le proporcionaba la tranquilidad esperada.

Un golpe sordo llegó desde la calle. Luego otro. No fueron campanadas: parecían ruedas cruzando una junta del pavimento. Emilio se acercó a la ventana y apartó apenas la cortina. Por el callejón lateral avanzaba un vehículo de carga pequeño, sin identificación visible. Dos hombres caminaban a su lado. Llevaban una lona asegurada con correas y se dirigían hacia la parte trasera de la catedral. Uno de ellos levantó la cabeza para observar las ventanas de la pensión. Emilio soltó la tela antes de saber si lo habían visto.

Permaneció inmóvil durante un minuto. Después se reprochó la reacción. Había escuchado a los obreros hablar de una entrega, había visto herramientas y trabajos de reacondicionamiento, y una

camioneta nocturna no era una señal de amenaza. Su mente estaba ensamblando fragmentos sin relación porque una campana sonaba cuando, según una archivista, no debería sonar. Ésa era la clase de error intelectual que él mismo denunciaba a sus alumnos: convertir una coincidencia en un sistema.

Sin embargo, antes de acostarse hizo algo que no necesitaba hacer. Tomó el dibujo del manuscrito y lo puso junto al boceto de la entrada principal. Giró una de las hojas ciento ochenta grados. Las siete marcas coincidieron, incluida la abertura del último círculo. La línea que él había atribuido a una fisura de la piedra se prolongaba, en el dibujo antiguo, hasta la garganta de la figura humana. No era una prueba de parentesco entre las imágenes; siete formas semejantes podían repetirse por convenciones artísticas. Pero la correspondencia merecía verificarse. Anotó tres palabras en la parte superior de la página: «Orientación. Fecha. Función».

Se acostó sin desvestirse por completo. El sueño tardó en llegar. Pensó en Vera, en la manera en que había retirado una acusación que él mismo había puesto en sus labios; pensó en Catalina y su caja de inventarios, en la sonrisa cautelosa de Gabriel cuando hablaba de errores humanos, en la forma en que Malthus había pronunciado su apellido como si llevara años esperándolo. Repasó cada escena y procuró encontrar en ellas la explicación más sencilla. Una comunidad pequeña, una obra grande, un cardenal culto, un manuscrito extraño. Nada más.

Fue entonces cuando recordó un detalle que no había consignado en sus notas. Durante el último golpe de la campana, al mirar la torre, había visto el rosetón principal iluminarse desde adentro. No mucho: apenas un resplandor pálido, insuficiente para distinguir las figuras del vidrio. Le había parecido natural pensar en alguien que encendía una luz para cruzar la nave. Ahora, en la oscuridad de su habitación, recordó también otra cosa. Las ventanas del anexo se habían encendido después, no antes, y la catedral llevaba varias horas cerrada al público.

Emilio encendió nuevamente la lámpara. Revisó la hora y decidió que todo podía esperar hasta la mañana. Tenía un documento que examinar, preguntas que hacer y una promesa que cumplir el jueves. Cerró el cuaderno, colocó el teléfono a cargar y apagó la luz.

Estaba a punto de dormirse cuando escuchó un golpe que atribuyó a una persiana suelta. Llegó un segundo, exactamente igual al primero, y después un tercero. Procedían del patio, o quizá de la calle que corría detrás de la pensión. Eran demasiado apagados para ser campanadas. Emilio se incorporó y miró hacia la ventana, donde las hojas de la enredadera proyectaban sombras sobre el vidrio.

Esperó un cuarto golpe. No llegó. En el reloj de la mesa de luz cambió un minuto y, con él, desapareció la urgencia de levantarse. Se repitió que no debía escuchar como un investigador aquello que sólo exigía la atención distraída de un huésped. Cerró los ojos. Estaba cansado. La cabeza le dolía. Mañana le enseñaría a Catalina las coincidencias entre los dibujos y pediría a Malthus una explicación sobre el archivo.

Entonces oyó otro ruido, distinto de los anteriores. Fue un roce lento, prolongado, como el de un objeto pesado que alguien empujara con cuidado sobre las baldosas mojadas. Emilio contuvo la respiración. El roce se interrumpió justo debajo de su ventana.

Y alguien, desde el otro lado del vidrio, golpeó tres veces.